

EUROPA, FRAGMENTOS DE PERTENENCIA

SÉBASTIEN MAILLARD

DIRECTOR DEL INSTITUTO JACQUES DELORS

La presidencia francesa del Consejo de la UE ha hecho hincapié en la “pertenencia” europea. Pero, ¿de qué pertenencia se trata? ¿A qué Europa se refiere? Las continuas crisis han puesto en tela de juicio los complicados vínculos que nos unen a la Unión Europea. La crisis migratoria de 2014-2015 recordó a los europeos el remanso de paz, la prosperidad y libertad que representan a nivel mundial. A su vez, esta crisis puso de manifiesto su inseguridad cultural respecto a las diferencias y su incapacidad para ponerse de acuerdo entre los 27 sobre un tema de tan difícil manejo político. Pero la reciente crisis sanitaria ha demostrado que la cooperación y la solidaridad entre países tienen un valor añadido, así como la determinación europea frente a la guerra de Ucrania. Las nuevas peticiones de adhesión a la UE, al igual que el Brexit, generan dudas sobre lo que significa pertenecer o no a Europa.

El término pertenencia no se limita a la incorporación legal de un Estado como miembro de la UE formalizada mediante un acuerdo de adhesión. Esta última requiere la ratificación, a menudo mediante un referéndum, que manifieste o no la aceptación popular de la incorporación del país a Europa. El ejemplo más destacado es el Brexit, que pone fin a una adhesión que a su vez fue ratificada en el primer referéndum de la historia del país con el voto a favor de más del 67% en 1975.

Sin embargo, la pertenencia a Europa nunca es tan clara y binaria como un referéndum lo permite. Depende de los sentimientos, la razón y la conciencia en mayor o menor medida. Lo primero trata de lo emocional, lo segundo valora el interés, lo tercero comprende los dos primeros para abordar la convicción profunda. Este triple enfoque sobre la pertenencia se corresponde con una triple definición de Europa. Denominarse *europeo* a veces significa identificarse a nivel cultural con Europa; otras veces actuar, trabajar, estudiar y consumir como ciudadano de la Unión; y otras, aspirar al proyecto de unidad como europeo “convencido”.

Analicemos cada parte para apreciar el modelo de pertenencia europea que genera y lo que la obstaculiza. La perspectiva continental o de civilización es la más amplia, pero también la más evidente. Se plantea a través del patrimonio cultural, la

memoria colectiva y, sobre todo, en torno a una geografía compartida. Los Alpes, el Mediterráneo, el Báltico, el Rin o los Balcanes han conformado sus propias comunidades de pertenencia durante siglos.

En el conjunto del continente, lo que pone de manifiesto el parentesco son las corrientes históricas comunes. La Antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, el Clasicismo, la Ilustración y la Revolución Industrial con su Modernismo establecieron sucesivos estratos de identidad en el paisaje urbano, que dan a las ciudades europeas un *aire familiar*. A pesar de que la americanización cultural suele enturbiarla, la pertenencia europea nace del hecho de no sentirse nunca del todo extraño en Roma, Lisboa o Viena, independientemente del lugar del continente del que uno venga. Paul Valéry lo describió bien en su conferencia de 1922 en Zúrich: “Allí donde los nombres de César, Cayo, Trajano y Virgilio, los de Moisés y San Pablo, los de Aristóteles, Platón y Euclides tienen significado y autoridad simultáneos, allí está Europa”.

Lo que impide este sentimiento compartido no es el legítimo apego de cada individuo a su nación, la comunidad de pertenencia por excelencia, sino el nacionalismo. Vuelve a visitar la historia, los personajes y las artes para extraer de ellos, y no sin anacronismos, los resortes de su propio entusiasmo. No obstante, Carlomagno no puede considerarse alemán, belga, francés o italiano. Cristóbal Colón no debe su fortuna a Génova, ni su contemporáneo Leonardo da Vinci se la debe únicamente a las ciudades italianas.

No conviene europeizar en exceso estos y otros muchos ejemplos para evitar más anacronismos y apropiaciones indebidas. Si se tiene en cuenta la dimensión europea en su totalidad, se reforzará el sentimiento común de pertenencia entre los jóvenes europeos, por encima de sus diferentes lenguas y nacionalidades.

En la actualidad, la palabra “Europa” también se utiliza para referirse a la Unión Europea, la parte institucional de Europa. Por otro lado, la palabra “Bruselas” no se utiliza solo como sede de las principales instituciones de la Unión, sino que, de forma extrapolada, es un sistema en sí mismo, con su propio sistema de toma de decisiones, su funcionamiento, su legislación y sus objetivos. El euro, el mercado interno, la zona Schengen, las directrices y reglamentos, las subvenciones y otros fondos son las realidades de esta Europa, a veces tangibles y más a menudo invisibles, que se mezclan

en nuestra vida cotidiana. La Comisión, el Parlamento Europeo, el Consejo y el Tribunal de Justicia son los protagonistas de una obra que suele *parecer* larga y aburrida. El pequeño mundo de los representantes electos, los diplomáticos, los funcionarios, los periodistas, los grupos de presión y los grupos de reflexión constituyen un entorno a puerta cerrada conocido como la “burbuja de Bruselas”, con su propia jerga, sus siglas y su propio programa, cuya información se recoge en los medios de comunicación especializados.

Es esta Europa de “Bruselas” la que plantea el mayor desafío de pertenencia. En este caso, pertenencia es un término menos apropiado que el de apropiación. Es necesario garantizar que esta Europa no se quede al margen, y que su organización y decisiones estén al alcance de los ciudadanos europeos. El mayor obstáculo que enfrenta esta apropiación es convencer a los ciudadanos de que la Europa de “Bruselas” es democrática, tanto en su sistema de toma de decisiones como en la propia constitución de sus instituciones. En este sentido, las elecciones europeas marcan el punto culminante de una vida democrática al margen de la discreción, sostenida, transparente y cuyos atributos recogen los elementos esenciales de una democracia parlamentaria liberal y nacional.

Por lo tanto, no existe el déficit democrático en la Unión Europea, sino el déficit de una representación con la que el ciudadano pueda identificar la Europa de “Bruselas”. Las muestras de la pertenencia plena serían que el presidente de la Comisión y otros actores importantes de la escena política europea fueran reconocibles con facilidad, que las disputas y los compromisos parlamentarios en la UE de los 27 ocuparan las portadas y que fueran tema de conversación en las cenas y comidas familiares.

Hay otras brechas estructurales que contribuyen a ampliar esta distancia con “Bruselas”. La primera es lingüística. Un vocabulario propio de la particularidad de la Unión Europea requiere un esfuerzo permanente de traducción para hacerlo más comprensible (un comisario es similar a un ministro, una directriz es similar a una ley). Por otro lado, el uso generalizado del inglés en la Europa de “Bruselas”, incluso en su comunicación exterior, limita el acceso al mismo no solo a los más iniciados.

La segunda brecha es temporal. Tanto la vida democrática europea como la nacional siguen itinerarios distintos. Por ejemplo, la Comisión propondrá un “paquete”

de directrices y reglamentos esenciales para la protección del medio ambiente durante un día festivo en un Estado miembro importante, como el 14 de julio, cuando la atención está puesta inevitablemente en otra parte.

La tercera brecha es espacial. A nivel territorial, hay poco reconocimiento de la acción política europea. Sin embargo, últimamente el plan de recuperación y la campaña de vacunación contra la Covid han brindado una oportunidad única para destacar el valor añadido del plano europeo. El sentimiento de pertenencia puede derivar de la solidaridad europea bien recibida. Su negativa, al igual que la de los dirigentes “precavidos” que prometieron su apoyo en 2020 a las economías afectadas por la pandemia, delata la falta de pertenencia a un conjunto colectivo y la división de opiniones.

Por ello, la Europa de “Bruselas” necesita políticos de alto nivel que se comprometan a hacer comprensible su acción europea, especialmente en sus propios países. Es el caso de Simone Veil, Jacques Delors, Daniel Cohn-Bendit y Michel Barnier, que mantuvieron la cohesión europea frente al Brexit. La cercanía a las instituciones se consigue gracias a este intermediario humano.

Además de los propios representantes electos, los medios de comunicación tienen una responsabilidad especial como intermediarios. Principalmente en Francia, país donde la información europea se considera la menos extendida de los 27 según el Eurobarómetro. Entender las cuestiones europeas y destacar el debate democrático entre determinados actores son elementos esenciales para la apropiación de una Europa que dejará de ser solo “Bruselas”.

Queda por explorar otra faceta de la pertenencia, la del *proyecto* europeo. La Europa de los “padres fundadores” de la década de 1950 tenía como objetivo la doble promesa de paz y prosperidad de acuerdo con las expectativas de la posguerra. Durante mucho tiempo, esta narrativa alimentó el proyecto de una Europa unida. La foto de Mitterrand y Kohl cogidos de la mano delante del osario de Douaumont en 1984 se convirtió en un referente de los libros de texto.

La erosión de esta idea de paz, tan evidente para las nuevas generaciones, agudiza el déficit de pertenencia. La década de graves crisis que ha sacudido al organismo europeo no ha hecho más que avivar la sensación de que la Unión, considerada al principio como un fracaso, se limita ahora a su propia supervivencia. En

estas condiciones de extrema tensión, el proyecto europeo perdió su papel de vector de altas aspiraciones colectivas, cuya idea de paz se solidificó en la posguerra.

Este hecho se atenuó aún más por la circunstancia de que a la década de crisis le precedió otra de pausa en la búsqueda de una “Unión más cercana”. El voto negativo de los franceses al Tratado Constitucional en 2005 frenó el proyecto tras una fase de aceleración marcada por la entrada del euro (2002) y la gran ampliación hacia el Este (2004). Esto último provocó la “fatiga” en Bruselas, que hizo que el proyecto de una Europa unida fuera sinónimo de aburrimiento y dejadez.

La pertenencia a Europa requiere de una visión compartida de futuro. No se trata solo de la idea de paz, que la guerra de Ucrania ha reavivado, sino también de la idea de autoridad que pretende desarrollar una nueva narrativa europea. La reconciliación entre naciones, con el consiguiente aumento de intercambios, que sirvió de contexto para la creación del mercado único, la moneda única y la zona Schengen, da paso a una nueva dinámica en la que estos mismos logros sirven ahora de impulso para la consolidación de Europa en el mundo. El auge del poder autoritario en China, Rusia y Turquía, la crudeza de los años de Trump y el fantasma de su posible regreso en 2024, hacen que los europeos tomen conciencia de su exclusividad política. En el plano económico, los excesos del capitalismo financiero anglosajón y las ambiciones del capitalismo de Estado chino ponen de manifiesto las particularidades de un capitalismo europeo “responsable”. Los principales problemas mundiales, como el calentamiento global y las pandemias, evidencian la necesidad de actuar, al menos a nivel europeo. La amenaza terrorista, los ciberataques y la inseguridad territorial en la Unión dan a los europeos una nueva misión geopolítica. Frente al desequilibrio global imperante, se empieza a formular un “nosotros” que perfila una nueva forma de pertenencia. Pero no hacia una Europa que vuelva a ser abusiva, conquistadora o dominante, sino hacia una Europa que se proteja y se proyecte como una potencia mundial responsable y respetada, aliada pero que juegue en igualdad de condiciones con Estados Unidos y a veces sin él.

En definitiva, hay muchas maneras de sentirse europeo. Ya sea reconociendo los aspectos de su propia cultura en las calles de Brujas o Siena. O bien reconociendo en las leyes y decisiones de “Bruselas” las características de su propia democracia. O al reconocer, a diferencia de las acciones de otras potencias, los rasgos de una conducta europea a nivel mundial. Estas tres formas de pertenencia suelen entenderse por separado e incluso de forma opuesta.

En cambio, una pertenencia europea más profunda requeriría la articulación de las tres formas aquí descritas, la reunión de sus fragmentos para reintegrarlos. Un logro de “Bruselas” se debe entender desde sus fundamentos civilizadores hasta su alcance político. Por ejemplo, la expansión de la Unión a los Balcanes sigue la geografía del continente, debe cumplir los requisitos democráticos de la Unión y se realiza con un objetivo geopolítico. La clave para una pertenencia sólida es la coherencia global entre Europa como civilización, como realidad institucional y como gran proyecto.

Por tanto, la pertenencia a Europa no se puede decretar, sino que se manifiesta mediante el proceso de integración explicado anteriormente. No se puede comprar con subvenciones. No se consigue con una campaña ingeniosa de comunicación pública, con el mero despliegue de banderas azules y estrelladas o con la invención de un medio de comunicación europeo utópico. En primer lugar, es necesario ponerla en perspectiva, educarla y encarnarla políticamente. De lo contrario, se debilitará y puede dar paso a la incomprensión, la indiferencia o incluso el rechazo a la entrada en la UE, como ha demostrado el Brexit.

¿Cómo se puede fortalecer un sentimiento de pertenencia tan frágil aún? El caso francés destaca porque no solo es un “Estado fundador” de la construcción europea, como Alemania, Italia y los países del Benelux, sino que además se considera el legítimo impulsor del proyecto. Por tanto, el debate no se centra en cómo los franceses sienten que pertenecen a Europa, sino en cómo Europa les pertenecería a ellos, en cómo serviría de impulso para recuperar la gloria del pasado¹.

La presidencia francesa del Consejo de la UE ha estado acompañada de un sentimiento de reintegración. En cualquier caso, es necesario equilibrarlo con la idea de que Europa no se puede convertir en una Francia más grande, lo que amenazaría con desobedecer la legislación de la UE. La pertenencia a Europa es la aceptación de que nuestro país no prospera en solitario, sino con los demás; entender que Europa es, al igual que Francia, nuestra patria y nuestro futuro de forma inseparable.

[Versión original en francés.](#)

¹Véase el estudio *Les Français et l'Europe, entre défiance et ambivalence (Los franceses y Europa, entre la desconfianza y la ambivalencia)* de Bruno Cautrès (Cevipof), Thierry Chopin (Instituto Jacques Delors) y Emmanuel Rivière (Kantar), Instituto Jacques Delors, mayo de 2020.